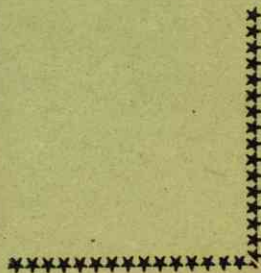




# MASONERIA Y COMUNISMO

1946



RESP. LOGIA "ARMONIA N° 76"

# **MASONERIA Y COMUNISMO**

por el q. h.:

A. G.

**Sólo para la circulación interna**

## DOS PALABRAS

*La Unión Soviética, con su peculiar sistema político y económico, con su filosofía del hombre y de la sociedad y con su mística proletaria, que los disciplinados partidos comunistas procuran difundir en los diversos países con encendido e infatigable mesianismo, está poniendo a dura prueba la solidez de las ideas e instituciones imperantes en Occidente. Por lo demás, ambos mundos, el soviético y el occidental, se hallan actualmente en trance de activa transformación, de modo que no es fácil predecir cuáles serán las metas finales de ambas trayectorias. Pero, entre tanto, no podemos permanecer pasivos ante la marea comunista, cuya creciente presión nos obliga a adoptar actitudes positivas e inmediatas.*

*En este sentido, el estudio adjunto sobre "Masonería y Comunismo, constituye un serio esfuerzo, sincero y documentado, por establecer un paralelo ideológico e histórico entre ésta y aquélla, y, al definir y precisar conceptos, le proporciona a la conciencia del masón los fundamentos filosóficos de una actitud doctrinal y práctica ante el comunismo.*

*La Resp. Logia Armonía n. 76 lo ofrece a la reflexión y al estudio de los q. h. de los demás Talleres de la Obediencia, sin pretensiones de infabilidad, —que tampoco tiene el autor, ni serían compatibles con nuestros principios—, pero sí, creyendo servir un propósito de necesaria orientación masónica, en este maremagnum de ideas encontradas y confusas, que solicitan y ofuscan el espíritu del hombre de nuestros días.*

# MASONERIA Y COMUNISMO



¿Qué es el "comunismo"? Cuando hoy día se habla de "comunismo" es tan sólo para aludir al único partido legal existente en la Unión Soviética y a todos los demás partidos dispersos por los diversos países, que obedecen las directivas de aquel partido ruso, el mismo que, hasta 1917, se denominó "bolchevique". En fórmula más breve, la acepción hoy día usual de la palabra "comunismo", designa únicamente al partido comunista soviético y a sus filiales de los demás países. En este sentido, podemos decir que el comunismo nació en 1903, en Londres, en aquel histórico Congreso en que se operó la ruptura de "bolcheviques" y "mencheviques".

Pero si dejamos esta acepción "actual" y "circunstancial" de "comunismo" para descender a la entraña misma del concepto, a su etimología, descubriremos que "comunismo" equivale a "socialismo". En efecto, etimológicamente, comunismo quiere decir la posesión de los bienes en común, y "socialismo", su posesión por la sociedad; en el fondo, la misma cosa. En este sentido, podemos decir que el comunismo (o socialis-

mo), nació en una fecha que se pierde en la obscuridad de la prehistoria, pues lo encontramos en muchos de los grupos humanos organizados más antiguos de que existe noticia. Ahora, reducido a doctrina, en cuanto objeto de especulación filosófica, podemos decir que nació con Platón, el que, en su "República", nos describe y aconseja un tipo de sociedad en que el Estado, único propietario real, distribuye equitativamente la tierra y los bienes entre los ciudadanos.

Ahora bien, ¿con cuál comunismo se me ha pedido relacionar el concepto de masonería? ¿con el comunismo soviético o con el comunismo en sí, o socialismo? Es evidente, que con el primero. Sin embargo, como el partido comunista soviético se basa en un sistema económico-social socialista, juzgo necesario hablar brevemente primero del comunismo en sí; en otros términos, del sistema socialista de propiedad o reparto de los bienes.

Podemos definir el socialismo como un sistema económico-social, en que un sector, mayor o menor, de la riqueza nacional, es poseído o administrado por el Estado, con la finalidad precisa de racionalizar la producción y subordinarla al consumo, a la vez que de obtener una mayor nivelación de las rentas individuales.

¿Cuál es el sector de la riqueza nacional, cuya administración por el Estado exige el socialismo? No hay nada rígido establecido al respecto, pero si nos atenemos a la tendencia o modalidad actual del socialismo, encontramos que los bienes que estatiza son los bancos, las minas, las fábricas, los transportes y comunicaciones, y parte de la tierra. En una sola frase: todas las grandes empresas o explotaciones.

Marx había señalado como objeto de la estatización todos los bienes de capital, en oposición a los bienes de consumo. Pero, amén de la dificultad que hay a menudo para discernir a los unos de los otros, pues su límite es una zona confusa, en la práctica se ha prescindido de tal criterio. Y así tenemos que en Rusia hay muchísimos "bienes de capital" dentro del sector de la administración privada. Desde luego, gran parte

propiedad individual, sea por el de las grandes cooperativas, los "koljoses." (Por lo demás, bueno será advertir que, para implantar el socialismo, no es rigurosamente indispensable abolir la propiedad privada, pues un Estado que maneje en el sentido conveniente a sus fines la moneda, los salarios y los tributos, puede, si lo desea, reducir dicha propiedad privada a poco más que una mera palabra y convertir a los propietarios (de su propia casa, empresa o fundo), en meros administradores de sus bienes, los que, en realidad, ya no tienen más dueño efectivo que el Estado.)

Desde el punto de vista puramente económico, no puede haber conflicto alguno entre "socialismo" y "masonería", por cuanto esta última no profesa ninguna doctrina económica, en el sentido estricto de la palabra. La masonería auspicia y recomienda la mayor igualdad posible entre los hombres, pero no dice si, en el terreno económico, esa igualdad o nivelación ha de ser procurada mediante la propiedad y administración individual o colectiva, valer decir estatal, de los bienes y riquezas. Una de las objeciones fundamentales que formulan los liberales al socialismo, es la de que al suprimir éste, las grandes diferencias de rentas y riquezas, suprime el estímulo a la producción y es causa de que, disminuyendo, en consecuencia, la producción total del país o conglomerado humano, la renta individual, que en último término representa el cociente de la renta nacional dividida por el número de habitantes, disminuirá también. O sea, al efectuar la nivelación de las rentas, el socialismo hace que las rentas individuales más modestas sean inferiores a lo que eran dentro del sistema individualista.

Como bien se ve, esta objeción o dificultad es de orden puramente económico o técnico, y no preocupa a la masonería. Tampoco debo abordarla yo, pues no estoy haciendo un estudio del socialismo en sí, sino de sus relaciones con la masonería.

La otra objeción fundamental que formulan los liberales al socialismo, si que interesa a la masonería: al colocar las empresas en poder o bajo el control del Estado, el socialismo mata

la libertad individual, porque todos los ciudadanos, en una u otra forma, pasan a ser funcionarios o dependientes de un patrón único, que es el Estado. ¿Concebis la libertad de pensamiento y de palabra, allí donde todos los diarios y editoriales son de propiedad fiscal...?

Pero, como en el socialismo hay grados, en la dependencia en que coloca a los individuos respecto del Estado, o sea, en la confiscación de su libertad cívica también habrá grados. Por esto, no podemos afirmar "a priori" que el socialismo en sí sea incompatible con la masonería. Eso sí, que al procurar llevar a la práctica, esto es, aplicar en algún país el régimen socialista, los masones que sean partidarios del mismo deberán velar porque tal socialismo respete los postulados de la libertad individual, que son el ABC de nuestra Orden.

Resumiendo: la Masonería no profesa ninguna doctrina económica, materia que abandona al criterio y a las preferencias de cada uno de sus adeptos. Por eso, no es incompatible con el socialismo, en cuanto sistema particular de producción y distribución bajo el control del Estado, siempre que aquél salvaguarde o respete las libertades esenciales del hombre, único dogma intangible de la masonería.

Y vengamos ya al estudio del "comunismo."

\* \* \*

Al cotejarlo con la masonería, vamos a comparar instituciones de naturaleza diversa, pues mientras el comunismo representa una ideología económico-social, un sistema de gobierno y un partido de masas, la masonería es una asociación de finalidades espirituales, destinada a conducir a la perfección moral a individuos ya seleccionados desde su ingreso a ella, y que sólo en forma indirecta se propone influir sobre el conglomerado social. Por esto, a la masonería, que es para las "élites", le interesa "pulir la piedra bruta" en sus miembros; esto no le interesa ni le sería posible al comunismo, que actúa sobre masas ilimitadas.

Habiendo anotado ya que la masonería no tiene ni puede tener como propia una teoría "económica", para hacer un pa-

ralelo entre aquélla y el comunismo deberemos atender a los aspectos filosóficos, sociales y políticos de ambos sistemas, del cual paralelo deberá deducirse la compatibilidad o la incompatibilidad entre ambas instituciones. Yo compediaría la esencia de la masonería en cinco palabras: racionalismo, tolerancia, libertad, igualdad y fraternidad. El racionalismo resume la filosofía de la masonería, que elimina toda superstición y aún todo dogma, para atenerse tan sólo al conocimiento derivado de la experiencia científica y de la especulación racional. La tolerancia es una consecuencia del racionalismo; quien se guía tan sólo por los resultados de la investigación científica o filosófica, ejercitada con un instrumento tan falible como el entendimiento humano, no puede menos de ser tolerante. La intolerancia es la mayor aberración para el verdadero masón; algo que no se concibe dentro de nuestra convivencia y de la convivencia que nosotros quisiéramos implantar o difundir en el mundo. No necesito explicaros a vosotros que me escucháis, cómo y por qué la libertad y la fraternidad son otros de los fundamentos espirituales de la masonería. Y basta. No insisto en exponer ni analizar la esencia de nuestra doctrina, pues debo suponerla conocida y familiar para vosotros.

No así el comunismo soviético. Pasar de la masonería al comunismo, es para nosotros como el tránsito de lo conocido a lo desconocido. Por esto no os extrañe que me detenga en describir y analizar el comunismo y que en el paralelo que estamos iniciando, parezca desproporcionadamente extensa la parte destinada a uno de los miembros de la comparación. Pero ello tiene su razón de ser. Y si supongo que el sistema imperante en la URSS es relativamente desconocido, no es porque dude de la cultura o de la información de los que me escuchan, sino porque todos sabemos que la Unión Soviética ha querido protegerse del mundo extraño por una casi impenetrable aduana material y espiritual, que hace muy difícil el formarse un concepto exacto de lo que es aquel país y su sistema de vida, aún para los que lo han visitado y recorrido. Esto es lo que ha dado origen a una verdadera leyenda o mito, que se ha generado en torno del Soviet y de todo cuanto



le atañe. Por esto me anticipo a deciros que todas mis conclusiones, sólo tienen el valor que tienen mis fuentes de información, y que yo, que no me tengo por infalible en nada, menos aún que en nada me doy por tal, tratándose de algo tan distante y remoto, geográfica y espiritualmente, como la Rusia Soviética. Desde ya os advierto que aceptaré gustoso y aún agradeceré todas las rectificaciones que puedan hacerme los que de vosotros estéis mejor informados respecto de algunos de los tópicos que toque. La verdad no la descubre totalmente ningún hombre solo: es y debe ser el fruto de la colaboración; tiene un carácter que pudiéramos llamar "social."

Empecemos por el concepto de "libertad." Hablar de la libertad, es hablar implícitamente de la "democracia", ya que ha demostrado la historia que la democracia es el único sistema político en que puede practicarse la libertad. Y "democracia" significa prácticamente, y ante todo, cuerpos gobernantes y legislativos elegidos por el sufragio universal. Pues bien, en la Unión Soviética existe el sufragio universal, pero nada más que teóricamente, en el texto constitucional (y tan sólo a partir de noviembre de 1936, pues las constituciones anteriores no consagraban el sufragio universal, ni secreto ni directo.) En efecto, hasta 1937 — data de la actual ley electoral, dictada en obediencia a la Constitución de 1936—, en la Unión Soviética no hubo sufragio universal, ni público ni directo; a partir de la aprobación de la legislación vigente, el sufragio es universal, secreto y directo, pero no es verdaderamente libre, ya que sólo cabe votar por candidatos "comunistas" o "sin partido", con la condición de que unos y otros sean presentados oficialmente por el partido comunista u organizaciones controladas por éste, como sindicatos, cooperativas, etc. Cabe recordar, a este propósito, que la Unión Soviética, como la Italia de Mussolini, como la Turquía de Kemal Pachá, como la Alemania de Hitler o la China de Chiang-Kay-Shek, es un Estado de "partido único." Luego, no hay en ella libertad de asociación política ni hay sufragio verdaderamente "libre." No nos extraña entonces que respecto de las últimas elecciones

nes habidas en Rusia antes de la guerra, las del 12 de diciembre de 1937, haya podido decir el historiador francés M. Maxime Mourin (en su *Histoire des Grandes Puissances depuis la Guerre*, editada por la Biblioteca Histórica de la Casa Payot, de París), que sólo hubo en ellas "candidatos oficiales ortodoxos." En total, fueron elegidos 855 diputados comunistas y 288 "sin partido." Las proporciones aproximadas de las categorías sociales de los diputados electos fueron, según el mismo autor, las siguientes: 47% ministros y funcionarios; 7% policías; 7% oficiales; 9% diversos (intelectuales, artistas, etc.) y 30% obreros y campesinos. Notad: casi la mitad (47%) empleados públicos, más un 14% de oficiales y policías. No cabe una exteriorización más elocuente y a la vez más exacta de lo que es políticamente la URSS: una dictadura servida por una burocracia elefantiásica y defendida por un ejército y una policía formidables. Como todas las dictaduras célebres de la historia; como la de los antiguos imperios asiáticos; como la de Carlomagno; como la del Imperio Bizantino; como la del Imperio Otomano; como las de Felipe II y la Rusia de los Zares; como las de Luis XIV y los dos Napoleones; como las de Hitler y Mussolini. Respecto a lo que he llamado "burocracia elefantiásica" de la Unión Soviética, quiero daros unas cifras precisas: En su documentadísimo libro "La Russie sous les Soviets", N. de Basily (París, 1938, ed. Plon), afirma que en 1914 (o sea, en pleno zarismo, la víspera de la Guerra Mundial n. 1) había en Rusia 800 mil funcionarios, y que en 1930 ese número era de cinco millones, según cálculo de otro ruso, Boris Souvarine, que Basily aprueba. (El mismo guarismo da Panait Istrati.)

Volviendo a las elecciones: uno de los más entusiastas e incondicionales apologistas del comunismo soviético, el famoso Deán de Canterbury, Rev. Hewlett Johnson, procura coonestar las mencionadas elecciones del 12 de diciembre de 1937, explicando que los candidatos fueron previamente seleccionados en "asambleas populares." Pues bien, Panait Istrati, que se adentró en la vida del pueblo ruso, en todas sus capas sociales y en todas sus actividades, mucho más profundamente

y por mucho más tiempo que Johnson, afirma y prueba que en las "asambleas" políticas soviéticas tampoco hay libertad, sino que los circunstantes tienen que votar en conformidad a directivas recibidas de antemano del partido. Por eso no es extraño que en tales asambleas las decisiones se tomen "por unanimidad." Escuchemos a Istrati: "Ya hemos visto cómo Trotsky, que gozaba de gran popularidad, que era objeto de prolongadas ovaciones en todas las asambleas donde se presentaba, ha sido condenado "por unanimidad" en unas reuniones en que todos se veían obligados a votar contra su propia conciencia. Después hemos visto que Zinoviev, "unánimemente" aprobado por la organización de Leningrado, era condenado, no menos "unánimemente" por la misma, 24 horas después. Y acabamos de ver a Tomsky, presidente de los sindicatos, elegido por "unanimidad" y despedido por la misma "unanimidad", y a Bujarin, el teórico oficial reconocido como tal "unánimemente", hundirse bruscamente, condenado con esa misma "unanimidad." Unanimidad que es la de los esclavos", termina Istrati.

Si las elecciones soviéticas no son más que una fórmula cuyos resultados están no sólo conocidos, sino determinados de antemano, queda perfectamente explicado el ningún interés que despiertan en el mundo. En tanto que la atención pública universal se mantiene alerta y como en suspenso cuando hay elecciones para los cuerpos legislativos de cualquier democracia digna del nombre, unas elecciones en Rusia pasan desapercibidas. Recordad la emoción que últimamente despertaron en todo el mundo las elecciones británicas de 1944, que dieron el triunfo al laborismo; las que en el Perú llevaron al poder a los apristas; hasta las que en Argentina hicieron triunfar a Perón y los suyos, y comparad esa preocupación con la indiferencia glacial con que tomamos nota de las elecciones efectuadas en la Unión Soviética, a pesar de tratarse en este caso del electorado más numeroso de la tierra.

Si el espacio me lo permitiera, también os hablaría de la falta de verdadera libertad existente en el seno de los llamados "sindicatos rojos", que parecen tener como función princi-

pal la de fiscalizar la ortodoxia comunista de los trabajadores, para eliminar implacablemente de su empleo y de todo empleo y condenarlo al hambre o al suicidio, a todo aquél que no se someta incondicionalmente a la "línea" del partido.

Sábese demasiado bien que en la URSS la oposición, particularmente, la más famosa de todas, la de Trotsky, ha sido objeto de la más obstinada e implacable persecución, persecución que tuvo por instrumento a la célebre policía política del régimen, la G. P. U., que reemplazó a la Cheka, en noviembre de 1923. Por esto, la corta historia del Soviet ruso está jalonada por masacres o "purgas" que se repiten con periodicidad macabra. Sus víctimas se cuentan por millones. Y entre ellas, figuran especialmente los grupos sociales más selectos: escritores, profesores, sabios, profesionales, políticos, etc. El ya mencionado Maxime Mourin, inserta un catálogo de las víctimas más destacadas de esas innumerables ejecuciones; el martirologio de la oposición, por decirlo así. Y Panait Istrati llena innumerables páginas de su denso volumen con relatos espeluznantes de prisiones, deportaciones, asesinatos, etc. La "purga" de 1937 hizo un estrago tal, particularmente entre la clase de funcionarios y los técnicos, que el apoloquista del Soviet, Hewlett Johnson reconoce que tuvo por consecuencia una merma en el ritmo previsto de la producción. Este terror político ha sido descrito así por otro de los admiradores, bien que no incondicionales, del régimen, por el ex embajador yanqui en Moscú, Mr. Joseph Davies, en su documentado y sereno libro "Misión en Moscú": "El terror es aquí un hecho horripilante. Existen muchas pruebas evidentes en Moscú de que el temor alcanza a todas las secciones de la comunidad. No existe hogar, por humilde que sea, que no viva bajo el temor constante de una visita de la policía secreta (generalmente entre la una y las tres de la madrugada.) Una vez que la persona es llevada, nada se sabrá de ella durante meses, o no se sabrá de ella nunca más. Las pruebas evidentes de esto provienen de muchas fuentes: declaraciones que han prestado ante mí o ante miembros del personal de la Embajada; testigos directos; declaraciones basadas en las observaciones

personales actuales de miembros del personal... o declaraciones que me hicieron ciudadanos rusos que, por una u otra razón, habían acudido a la Embajada en busca de ayuda. La psicología popular en esta situación y la extensión del terror está nuevamente indicada por el hecho de que diariamente, al través de los cuartos del servicio y cocinas, nos llegan informes de nuevos arrestos, nuevas opresiones..., informes éstos susurrados al oído como temerosas confidencias. Las actividades de la policía secreta se han extendido y han llegado hasta arrestar a empleados soviéticos de misiones extranjeras, incluso la nuestra. Se aduce comúnmente que la policía secreta de esta dictadura proletaria es tan cruel y sin piedad como cualquiera de las pertenecientes al viejo régimen zarista..." (p. 261-2.)

Pero si este testimonio no bastara, ni tampoco el de Istrati, mucho más vehemente y patético, he aquí el de otro testigo presencial, de no menor solvencia intelectual y moral, y socialista de corazón; me refiero a M. André Gide, cuyo "Retorno de la URSS" produjo sensación en el mundo, no tanto por lo nuevo de sus revelaciones, cuanto por lo inesperado de parte de un hombre tan rusófilo como el autor. Escribe Gide: "Lo que hoy se exige es el espíritu de sumisión, el conformismo. Se considerará como "trozkistas" a todos los que no se declaren satisfechos... Dictadura del proletariado, nos prometían. Estamos lejos de la cuenta. Sí, dictadura, evidentemente, pero la de un hombre, y no ya la de los proletarios unidos, de los Soviets. Conviene no caer en el engaño y reconocer simplemente: no es eso lo que queríamos. Un paso más, y hasta diremos: eso es exactamente lo que no queríamos."

Das palabras sobre una de las condiciones esenciales de la democracia: la libertad de prensa. Esta no existe en la URSS, donde los periódicos o son oficiales o están rigurosamente controlados por el Gobierno, de modo que toda opinión dada por cualquier órgano de la prensa soviética, debe ser considerada como la doctrina oficial del poder. El diario "Izvestia" es directamente gubernamental, y "Pravda" es el ór-

gano del partido comunista, prácticamente, de Stalin. No me extenderé sobre esto, porque es sabido de todo el mundo y nadie lo discute. Sólo insistiré en una modalidad muy actual de la libertad de prensa, la que ha sido llamada "libertad de información", por la que tanto se lucha hoy día en Occidente. Ya el gran H. G. Wells, en su magnífico "Esquema de la Historia" (dos volúmenes, ed. Atenea, Madrid, 1925; no confundirlo con la "Breve Historia del Mundo", pues aquél no ha sido editado en Chile), escribió que una de las bases de un mundo futuro sin guerras debería necesariamente ser la libertad y la plenitud de la información, o sea, de la relación fidedigna y completa de todos los hechos ocurridos. Pues bien, es notorio que en la URSS existe una magna ignorancia de cuanto ocurre en el resto del mundo, pues la censura sólo deja que la prensa local publique aquellos hechos que convienen a la política del Gobierno. Citaré algunos ejemplos recientes. Cuando en noviembre del año pasado, tropas soviéticas ocuparon la provincia iraní del Azerbeiyán, con los consiguientes desórdenes, el corresponsal de la A. P. cablegratificaba desde Moscú, con fecha 19: "No se han publicado informaciones en esta capital sobre los encuentros ocurridos en Irán entre persas y separatistas." Sin embargo, ya todo el mundo lo sabía. En la sesión del 5 de marzo último de los Comunes, Lord Alexander, jefe supremo de la Armada británica, expresó que la prensa soviética no había informado una sola palabra a sus lectores, sobre la proposición hecha días antes por el ministro británico Mr. Ernest Bevin, de extender a 50 años la vigencia del tratado de 20 años pactado con Rusia. Tampoco informó nada la prensa soviética sobre el escándalo del espionaje ocurrido en Canadá, en relación con la energía atómica. El resonante discurso pronunciado por Churchill en Fulton, el 5 de marzo, también fué callado por la prensa de Rusia. Los planes de abastecimiento alimenticio de la UNRRA y la jira de Mr. Hoover, no habían sido relatados por aquella prensa, por lo menos, hasta el 21 de abril, fecha de la queja del corresponsal de la A. P. En forma análoga, los despachos que envían al exterior los corresponsales re-

sidentes en Moscú, son revisados y corregidos por la censura local, sin que sean mostrados a sus autores después de la corrección. ¿Qué os parece...? La misma aduana de noticias envuelve a todos los países que han sido convertidos en "zona de influencia rusa." Se ha hablado de una "cortina de hierro", que va desde Stettin (en la desembocadura del Oder, en el Báltico), hasta el Adriático, substrayendo al conocimiento del mundo cuanto ocurre en la enorme zona que deja al oriente de Europa, controlada por Rusia.

No hallaréis exagerados, pues, los testimonios dados por M. Gide, en su "Retour de l'URSS." "El ciudadano soviético", dice, "sigue en una ignorancia extraordinaria, en cuanto se refiere al extranjero. Más aún: lo han persuadido de que allí y en todos los terrenos, todo marcha mucho peor que en la URSS. Esa ilusión es fomentada sabiamente... De aquí, un cierto complejo de superioridad, del que daré algunos ejemplos. Cada estudiante tiene que aprender un idioma extranjero. El francés está completamente abandonado. El inglés y sobre todo el alemán, es lo que se les insta a aprender. Me sorprende oírlos hablar tan mal. Un alumno de segundo año sabe mucho más en mi país. Uno de ellos, al que interrogué, nos da esta explicación (en ruso, y nos es traducida):

—Hace pocos años, todavía Alemania y los Estados Unidos podían instruirnos sobre algunos puntos. Pero ahora ya nada tenemos que aprender de los extranjeros. ¿Entonces, para qué nos sirve hablar su idioma?" Cuenta en seguida, que en un campamento de niños, modelo en su género y orgullo del régimen, advirtió la crasa ignorancia respecto de Francia, acusada en esta líneas: "Las preguntas que os plantean son a menudo tan pasmosas que vacilo en repetir las. La gente creerá que yo las invento. Se ríen con escepticismo cuando les digo que París también tiene su tranvía subterráneo. ¿Será cierto que tenemos tranvías, ómnibus...? Uno pregunta —y ya no son niños, sino obreros instruidos—, si también nosotros tenemos escuelas en Francia. Otro, algo mejor informado, se encoge de hombros: sí, los franceses tienen escuelas, pero les pegan a los niños. Tiene esa información de fuente segura...

*Para ellos, todo es noche fuera de la URSS", concluye M. Gide.*

En cuanto a la ignorancia acerca de Rusia que se tiene en el exterior, afirma Panait Istrati (p. 35): "No existe una décima parte del proletariado comunista internacional, que sepa con exactitud lo que sucede en Rusia, pues de lo contrario, todo el partido desertaría y se formaría en seguida otro partido bolchevique sobre nuevas bases, honradas, y que no otorgaría a los jefes poderes ilimitados." Y en cuanto al testimonio de las "delegaciones obreras" que suelen ser invitadas a Rusia, y a las que sólo muestran lo que allá quieren, ya Istrati las describió para siempre con estas pinceladas crueles, pero maestras: "Si alguna vez una orden, nacida de las entrañas de un amigo, os ha impulsado y conmovido, es ésta: Proletarios de todos los países, uníos. Uníos y dejad de enviar delegaciones de imbéciles que no ven nada y que nada os traen. No, id solos, sin guía, sin jefe, y sentiréis mucho más que todos los jefes del mundo, aunque seáis tan tontos como vuestros pies." (p. 39-40.)

\* \* \*

La democracia, que es esencialmente un sistema de política interior, comporta también un sistema de política extranjera, que ha de ser respetuosa de los derechos de las demás naciones y pacifista. Sería contradictoria una democracia que buscara la libertad del propio pueblo y el sojuzgamiento de los demás. Desde este punto de vista, tampoco el régimen comunista aparece como democrático, pues ha sido sencillamente imperialista. En cuanto a política exterior, la Unión Soviética ha sido la continuadora fiel y obediente del Imperio de los Zares.

No está demás recordar que toda la tradición rusa, desde sus remotos orígenes, desde principios del Imperio Romano, es una historia intensamente guerrera, militarista y conquistadora. La Rusia fué teatro y centro de atracción o tránsito de incontables invasiones, pero también fué foco de irradiación y punto de partida de otras invasiones. En todo caso, teatro



de batallas, de guerras y devastaciones arrasadoras. No nos debe extrañar que los rusos, con su historia densamente guerrera, sean un pueblo militarista e imperialista. Si miramos un mapa político de Europa de mediados del siglo XV, veremos que el Principado de Moscú constituye un Estado mediterráneo extendido en torno de la capital, de una superficie aproximadamente igual a la de Francia. Sus fronteras están separadas por centenares de kilómetros, pues, del Báltico y del Ártico, del Caspio y del Mar Negro, así como de los montes Urales. Ese pequeño Estado comienza a crecer, anexándose regiones y países de todos sus contornos, y ya a fines del siglo XVI penetra en el Asia, consolidando su posición en la Siberia Occidental, en tiempos de Boris Godunof. Poco después, en 1633, ya los rusos llegaban a las orillas asiáticas del Pacífico. A fines de este mismo siglo XVII, con Pedro el Grande el Imperio llega ya al Báltico, al Negro y al Caspio. Un siglo más tarde, bajo Catalina II, es anexada la Pequeña Tartaria, que incluye la Crimea, y el Cáucaso, y en el occidente, la mitad de Polonia, Lituania y Curlandia. A favor de las guerras napoleónicas, Alejandro I logra nuevos ensanches a su ya inmenso Imperio: le anexa la Finlandia, Botnia oriental, Besarabia y Georgia. Su sucesor, Nicolás I, le arrebató la Armenia a Persia y la desembocadura del Danubio a Turquía. En 1829, estaba a punto de irrumpir sobre el Mediterráneo, pero se lo impidieron las potencias occidentales de Europa. Nuevamente, ejercía presión en el mismo sentido en 1853, por pretexto de defender en las provincias turcas a los cristianos ortodoxos —así como ahora protege a los partidos "democráticos" en el seno de la China, Persia o Polonia—, y provocaba la Guerra de Crimea. Derrotados en ésta y sin posibilidades de nuevos avances en Europa, entonces los Zares se acuerdan de su Rusia Asiática, que tenían enteramente abandonada desde la segunda mitad del siglo XVII, pues sólo la utilizaban como lugar de presidio. Entonces comenzaron a extenderse por la ribera del Pacífico, hacia el sur, en busca de un mar abierto que no permaneciera helado buena parte del año. Así fundaron el puerto de Vladivostok, cuyo significativo sentido

es el de "dominador del Oriente." Entre 1845 y 1885, conquistaban y colonizaban el Turquestán, inmensa región de unos cuatro millones de kilómetros cuadrados, extendida al sur de Siberia y al este de Asia. En suma, reunid con la imaginación todas estas conquistas y extensiones, sumadles otras de menor importancia, y apreciaréis el poder expansivo único de un Estado que, habiendo partido de una modesta superficie del tamaño de Francia, ha llegado a abarcar la sexta parte del planeta.

Tal es la herencia y la tradición recibida por la Unión Soviética, que ésta, en vez de repudiar en obediencia a su ideología proletaria y sedicente democrática, no ha hecho más que proseguir y continuar. Así es como ha rusificado manu militari, la Georgia, aplastando sangrientamente en ellas sus rebeliones de 1921 y 1924, y cómo, aprovechándose de los trastornos y vicisitudes de la Segunda Guerra Mundial —igual que Alejandro I se aprovechara de las guerras napoleónicas— ha incorporado a su órbita a los tres países del Báltico sur: Estonia, Letonia y Lituania —que recibieron su independencia en Versalles—, tiene sometidas a su discreción a Finlandia y a Polonia en la Europa occidental, y en la sur-oriental, al Austria, Hungría, Rumania y Bulgaria, que son las regiones ocultas tras esa "cortina de hierro" ya mencionada. Pero no le es suficiente: ha conseguido la creación de la Mongolia Exterior independiente, pero de hecho soviétizante, y en estos momentos, después de haber arrasado, sin consultar a sus aliados, todo el inmenso equipo industrial dejado por los nipones en Manchuria, atiza en ella al partido comunista en lucha contra la China Central, para que forme un nuevo Estado obediente a Moscú. Todavía más: procura la autonomía de una provincia del Irán, el Azerbaiyán, para convertirlo también en otra sucursal del Soviet, y, como si fuera poco, aspira a sentar el pie en las islas griegas del Dodecaneso y en el antiguo Imperio Italiano del norte de África. O sea, quiere convertirse en potencia del Mediterráneo, para cumplir la vieja aspiración del autócrata Pedro el Grande. Si todo esto no es "imperialismo", yo no sabría cómo llamarlo.

No olvidemos, dentro de este rápido esbozo del actual imperialismo soviético, el hecho de que las propias representaciones diplomáticas de la URSS han servido en los diversos países como agencias de soviétización, contraviniendo a todas las normas del Derecho y de la decencia ética. Fué por revelaciones más o menos escandalosas en este sentido por lo que debieron cortar las relaciones diplomáticas que mantenían con la URSS y cerrar las embajadas de ésta diversos gobiernos: el alemán sucesor del Kaiser, con el cual el Soviet había hecho la paz de Brest-Litovsk (3-III-1918), el 5 de noviembre de 1918; nuevamente el gobierno alemán, esta vez la República de Weimar, democrática e izquierdista, que sorprendió al "delegado comercial" soviético en Berlín protegiendo a los agitadores rusos contra la policía alemana, en el mes de mayo de 1924; el gobierno británico de Mr. Baldwin, en 24-III-927, a raíz de un caso de espionaje centrado en la embajada soviética en Londres.

Tal fué la reputación de interventora en los países extranjeros de la representación diplomática soviética, que en las convenciones de Londres para la definición de la "agresión" firmadas en los primeros días de julio de 1933 por Gran Bretaña, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia, Turquía y la Unión Soviética, ésta debió renunciar expresamente a ejercer toda propaganda revolucionaria en el seno de los países firmantes. Y añadamos a esta nómina el reciente caso de espionaje relacionado con la energía atómica, de que fué protagonista el personal de la Embajada soviética en el Canadá, su propia aliada de la víspera!

Paralelamente a esta expansión político-administrativa, (lograda por lo general con el método nazi de la quinta columna previa, consistente en un partido "democrático", asistido por la Embajada Soviética, el que pide la autonomía de una región contra el Gobierno central del país respectivo), paralelamente a esta expansión, digo, se verifica y sigue verificándose la otra, la meramente ideológica, cuyas puntas de lanza son los partidos comunistas dispersos por la superficie del glo-

bo. No tengo tiempo de hacerlos una extensa demostración de que los partidos comunistas del mundo están manejados por Moscú y sirven los intereses soviéticos, antes que los del proletariado mundial. Por algo, ya el 2 de marzo de 1919, se fundaba el "Komintern" o Internacional Comunista (Tercera), sólo en el nombre suprimida el 22 de mayo de 1943, cuya misión es la de soviétizar al mundo; por algo en su célebre carta de respuesta al dirigente obrero Ivanov, acusado de "trotskista", le decía Stalin, el 12 de febrero de 1938, que se imponía una propaganda en el mundo entero, a fin de que en caso de guerra los proletarios de todos los países pudieran confundir sus esfuerzos con los del régimen soviético (Mourin, p. 437.) Por esto no se puede afirmar que el comunismo sea realmente "internacional"; lo es sólo en cuanto admite ramas o filiales de todas las regiones del mundo, pero no lo es por sus finalidades, que son netamente rusas. Por esto no debe extrañarnos que últimamente los comunistas de Italia hayan opinado, contra los intereses y el claro derecho histórico de su patria, que Trieste debía ser entregado a Yugoslavia porque así lo quiere Rusia; ni que el líder brasileño Carlos Prestes haya declarado urbi et orbi, que, en caso de guerra del Brasil con Rusia, él estaría de parte de la última, ni que en los primeros meses de la guerra los comunistas británicos y franceses sabotearan en toda forma la defensa nacional, porque en ese instante Stalin era el aliado de Hitler, hasta el punto de que la liberal Inglaterra debió clausurar el periódico comunista "Daily Worker" y que el Premier Daladier se vió obligado a expulsar del Parlamento a los diputados comunistas; ni debe extrañarnos que los partidos comunistas de los diversos países hayan evolucionado y zigzagueado políticamente al unísono con la URSS, en forma que podemos resumir así: hasta agosto de 1939, hostilidad general y violenta al "nazifascismo" y colaboración decidida con el Presidente Roosevelt, que era proclamado el campeón de la democracia; después de agosto de 1939, fecha del pacto Hitler-Stalin, proclamación y denuncia clamorosa del imperialismo de Mr. Roosevelt y, al estallar la guerra, prédica violenta y procaz en

favor de la neutralidad y denuncia del carácter "imperialista" de dicha guerra; desde el 22 de junio de 1941, fecha del ataque alemán a Rusia, nuevo incienso al Presidente Roosevelt y proclamación del carácter democrático y libertador de la guerra. Escuchemos a un masón eminente, que hasta ayer participara en nuestros trabajos aquí en el Oriente de Santiago, al líder aprista y Vicepresidente del Senado de su patria, Manuel Seoane, el cual, en su pequeño, pero enjundioso libro "Nuestra América y la Guerra", publicado por Ercilla en 1940 recuerda cómo, en la época inmediatamente anterior a la alianza Hitler-Stalin, los comunistas de la América Latina defendieron y declararon "democráticos" a todos los gobiernos despóticos del Continente, con la única condición de que apoyaran la alianza con los Estados Unidos. "Fué así cómo", dice Seoane, "dificultaron hasta simples peticiones presentadas al Congreso de Montevideo (marzo de 1939) en favor de la libertad de los presos políticos del Perú, Puerto Rico, Brasil y otros países. Un delegado comunista brasileño llegó a defender el régimen despótico de Getulio Vargas, que mantenía en prisión a su propio líder, Carlos Prestes, sólo porque el dictador carioca se manifestaba partidario de Roosevelt. Aún más: obstaculizaron las peticiones de nacionalización de las empresas imperialistas eléctricas de Venezuela, presentadas por el delegado del P. D. N. de ese país, porque "podía mortificar a los Estados Unidos." (Seoane, p. 138.) Luego vino la campaña diametralmente opuesta en favor de la neutralidad de nuestros países, en la que se pronunciaron innumerables y extensos discursos que todavía corren en folletos impresos; e inmediatamente después, los discursos contrarios a la neutralidad, en que se la denostaba como actitud antidemocrática y fascista. Así llegaron al fin de la guerra, pero iniciada la etapa de liquidar cuentas, se pronuncia de nuevo el antagonismo entre la Unión Soviética y los partidos comunistas, sus filiales de todas partes, por un lado, y las naciones y los partidos realmente democráticos, por otro. En conjunto, la historia de esos virajes comunistas es de un cinismo tal que no tiene paralelo en los anales de la vida política de Occidente. Ac-

tualmente, repito, la Unión Soviética ha vuelto a su obra de zapa contra la democracia y las democracias: en la Conferencia de San Francisco luchó por establecer la dictadura de tres o cuatro potencias sobre el resto de los países pequeños y medianos, y gracias a ella se mantuvo y fué aprobado el famoso "veto" que tan funestos resultados está llamado a producir; en la Conferencia de Cancilleres de Londres (11-IX al 2-X-945), luchó por excluir de la discusión de los tratados de paz a los países que no hubieran firmado los armisticios respectivos, y en la reciente Conferencia de París (25-IV-16-V-946) bregó descaradamente por consolidar su zona de influencia en la Europa suroriental y por extenderla al Mediterráneo y al África. Siempre luchó por el secreto de las deliberaciones. Y como en la actualidad se vislumbra el peligro de una tercera guerra mundial, que ahora vería frente a frente a las dos grandes democracias anglosajonas y sus aliados, por una parte, y a la Unión Soviética y los suyos, por la otra, en estos momentos el comunismo parece sabotear la producción que podría ser empleada contra Rusia en una próxima guerra. Escuchemos nuevamente a Seoane, que, de paso por Nueva York en abril del presente año, declaró allí que "las series de huelgas que están ocurriendo en muchos países latinoamericanos, sin motivos aparentes, son maniobras revolucionarias de un vasto complot para demorar la producción de ciertas materias que serán necesarias en otra guerra." La deducción de esto es clara. La Rusia Soviética ha logrado los objetivos iniciales de su revolución y ahora está embarcada en un plan imperialista de dominación. Todo eso preocupa profundamente a los países latinoamericanos. Nos parece estar presenciando una resurrección del paneslavismo, con todas sus ambiciones de dominación mundial." Y hace muy pocos días, a su paso por La Habana, expresó el mismo Seoane: "El comunismo es la quinta columna de Rusia en América, diferenciándose tan sólo de las quintas columnas hitleristas en que estas últimas eran extranjeras, y las que utiliza Rusia, nacionales". (A. P., La Habana, 28 de mayo.) Muy parecidos fueron los conceptos que emitió el embajador norteamericano en París, Mr. William C. Bullitt

(lo fué entre 1936 y 1940), al presenciar primero el sabotaje comunista de la defensa nacional, y luego el movimiento subterráneo de la resistencia, encabezado por los mismos comunistas. Escribió entonces: "Los comunistas son patriotas soviéticos, que se vuelven patriotas de su propio país, sólo cuando reciben órdenes de Moscú de ser patriotas."

Coronaré estos testimonios con el de uno de los estadistas de mayor talento y cultura, y a la vez de mayor experiencia y más cabal conocimiento de las interioridades de la política en el presente siglo. M. León Blum, el caudillo del Frente Popular francés, en el libro que acaba de escribir durante el cautiverio a que lo sometieron los nazis en Alemania, después del colapso de Francia, y aludiendo a los virajes de los comunistas de su país, anota textualmente: "Estos cambios de frente fueron ejecutados de un golpe, en masa, sin otra explicación admisible que la rectificación de las órdenes venidas de Moscú, las cuales sólo se explican a su vez por los virajes de la política soviética. Así, era patente que la dirección del partido comunista francés no le pertenecía a éste en propiedad, sino que le era impuesta desde afuera. Obedecía ciegamente a las órdenes dictadas, no por una organización internacional, sino por una potencia, por un Estado que las transformaba él mismo, de acuerdo con sus intereses nacionales. No era, pues, un partido internacionalista, sino un partido nacionalista extranjero. La distinción es capital."

Retengamos este concepto fundamental: el comunismo no es un partido internacional, sino un partido ruso, mimetizado de nacional o de internacional, según sus conveniencias del momento. Por este aspecto es diametralmente opuesto a la masonería. En efecto, la masonería es una institución eminentemente internacional, pues su ideología, sus principios y sus finalidades nada tienen que ver con ningún pueblo ni país en particular, sino tan sólo con la humanidad, con el hombre, en la más noble significación del concepto. Y dejadme decir, de paso, que este carácter auténticamente internacional de la masonería constituye uno de sus títulos de gloria y evidencia su carácter moderno, pese a su antigüedad. Porque el mundo gi-

ra y evoluciona cada más vez hacia lo internacional, y ya los más profundos pensadores están reconociendo, cual lo han hecho últimamente Albert Einstein y Julián Huxley (en estudios aparecidos en "Atlantic Monthly" y en "The New York Times Magazine"), que sólo habrá paz estable cuando se establezca un solo gobierno mundial. Todo lo verdaderamente grande es internacional: lo es la ciencia, y el arte, y la filosofía; lo es la democracia y la fraternidad. El comunismo es pequeño porque es ruso; la masonería es grande porque es internacional.

Una observación final respecto de la "democracia" en la URSS. La doctrina marxista y aún bolchevique auténtica, es contraria a la democracia, tal como se entiende en Occidente. Valgan estos significativos textos por todos los análogos que pudiéramos citar: "El signo indispensable, la condición necesaria de la dictadura del proletariado, es el aplastamiento de los explotadores considerados como clase, y, por consiguiente, la destrucción de la democracia, o sea, de la libertad y la igualdad en relación a esa clase." Quien esto escribe no es otro que Lenin, en "La victoria del proletariado." Y el mismo autor, en "El Estado y la revolución proletaria", precisa más la cuestión: "La democracia es, sin duda, una etapa de gran importancia en la lucha de las clases trabajadoras contra los capitalistas. Pero la democracia no es un límite más allá del cual no se pueda pasar: es sólo una de las varias etapas en el camino de la evolución desde el feudalismo al capitalismo y desde éste al comunismo." Todo esto se decía y gritaba en un principio. Hasta 1932, más o menos, imperó en la URSS la preocupación exclusiva y absorbente por lo económico, por el "plan quinquenal" y sus resultados. Hasta entonces, la palabra "democracia" suscitaba allí desconfianza y desdén; era síntoma, como lo anota Basily, de "renegado espíritu menchevique." Posteriormente, y en especial, desde que Rusia fué atacada por su aliada del día anterior, la Alemania nazi, los comunistas se hacen lenguas de la "democracia" y de su defensa. Aún pretenden asumir el monopolio exclusivo de la democracia, de modo que llaman "antidemocráticos" a todos los que no son filocomunistas, y a los partidos quintas columnas



del Soviet, que suelen organizar en aquellos países donde se esfuerzan por penetrar, como el Irán, Rumania, Bulgaria, etc., a esos partidos comunistoides los llaman siempre "democráticos." Para ellos, esto es una simple "consigna", como tantas otras. El régimen soviético, como el fascista y el nazi, es consumado en el arte de utilizar los "slogans" y las "consignas." Los echan a circular previendo y calculando exactamente sus efectos psicológicos sobre las masas. Ahora las fórmulas verbales han variado, pero las cosas siguen lo mismo: se abomina en el fondo de la democracia porque se comprende que al abrirse la puerta se produciría la desintegración del régimen.

Por todo lo anotado respecto del carácter antidemocrático del comunismo soviético, que se manifiesta así en la esfera de su política interna como en la internacional, no debe extrañarnos el hecho curioso y hasta paradójico de su encarnizada hostilidad contra todos los partidos socialistas del mundo, que son, en lo económicosocial, afines del comunismo, pero que son democráticos, hostilidad que no le impide hacer esfuerzos tenaces por fusionarse con algunos de esos partidos socialistas, cual ha ocurrido respecto del laborismo británico y de la socialdemocracia alemana. Es una simple táctica encaminada a dominarlos y absorberlos. Por esto pudo decir el Premier británico y líder del laborismo inglés, Mr. Clement Attlee, en su discurso de New Castle, el 27 de abril último: "El partido comunista está de palabra con la democracia, pero es esencialmente antidemocrático"... No podemos trabajar con aquellos que repudian nuestros ideales... Mientras rechazan nuestros principios, tratan de lograr sus propósitos, introduciéndose en nuestra organización." Y en declaración emitida un mes antes por el Comité Ejecutivo Nacional de dicho partido laborista británico, se decía: "Los comunistas consideran a la democracia como un fraude de la burguesía." Y otro de los más prominentes líderes laboristas, Mr. Herbert Morrison, había dicho el 23 de marzo: "Resistimos a los comunistas y sus artimañas porque creemos en la democracia." Raúl Haya de la Torre, por su parte, al explicarles a nuestros periodistas que lo escuchaban en el Crillon, por qué el partido comunista chileno no ha-

bia sido invitado al Congreso Socialista Americano reunido en esta capital en abril último, les dijo: "El partido comunista es amigo de la dictadura. Luego, no es democrático."

No creemos que, honradamente, nadie pueda eludir la conclusión de que el comunismo soviético no acepta ni practica la libertad ni la democracia. Por este capítulo fundamental, resulta diametralmente opuesto a la masonería, cuyo aliento vital es la libertad.

\* \* \*

Aunque el comunismo soviético se inici óbajo el signo de la nivelación y del igualitarismo, los imperativos de la naturaleza humana han obligado al régimen a hacer progresivas concesiones a la desigualdad. Está plenamente aceptada la necesidad de una desigualdad de los salarios, los que se inscriben en una escala cuyos extremos están más alejados que en muchos de los grandes países capitalistas. Desde hace algunos años todos los viajeros y observadores vienen denunciando el lento retorno del espíritu "burgués" en la URSS. Pero no voy a insistir sobre este tópico, porque si en Rusia soviética no se ha rendido culto efectivo e invariable al principio de "igualdad" propio del sistema, tampoco lo hemos rendido nosotros los masones. No nos corresponde, pues, "tirar la primera piedra." Sin embargo, nos haremos justicia reconociendo que hay una forma de desigualdad, de irritante desigualdad, que nosotros no practicamos y practica el comunismo. Para éste, el género humano se divide en dos grandes sectores: el de los comunistas y el de los no comunistas. Respecto de los primeros, rigen ciertas normas —bien que restringidas— de lealtad y de ética; respecto de los segundos, de los no comunistas, no existe ninguna norma de respeto. Escribe Bujarin: "Desde el momento en que disponemos de la dictadura de los obreros y campesinos, dictadura destinada al aplastamiento de la burguesía, se comprende que sería ridículo hablar de libertades y garantías concedidas a los burgueses... El poder soviético no es un poder que se crea obligado a respetar a sus enemigos;

su obligación, por el contrario, es emplear a su respecto la violencia revolucionaria y estrangular sin piedad." Y añade Stalin: "La dictadura del proletariado es la dominación de los proletarios sobre la burguesía, dominación no limitada por ninguna ley, ni sujeta a ninguna restricción, en cuanto al empleo de la violencia."

Pero, insensiblemente, hemos llegado al capítulo de la "fraternidad." Quien dice la "fraternidad", dice la moral. En efecto, podemos estimar que jamás se ha enunciado el principio ético fundamental en forma más acabada y perfecta que la hecha por Kant, al expresar: "Obra de tal modo que trates siempre a la humanidad, en tí mismo y en los demás, como un fin en sí, y no como un medio." (Manuel Kant, en su "Crítica de la Razón Práctica.") Este principio, si no fué formulado por un masón, mereció serlo, pues refleja exactamente nuestra ética y nuestra mentalidad. Es sensible anotar, en cambio, que este noble principio no cuenta para el comunismo, ni para el comunista. Allí, el hombre no es tratado como un fin en sí, sino como un medio, como un medio para establecer la sociedad comunista integral. A este fin se lo sacrifica todo, y se lo pospone todo: la veracidad, la libertad, la dignidad, el honor. Escribe Lunatskarski: "El sólo método verdaderamente marxista y, en consecuencia, exacto y preciso en materia de ética, es el que conduce a ver en la moral un simple producto de los intereses de clase. Todo por la clase y para la clase: he aquí el fundamento absoluto de toda moral digna del nombre. ¿En qué consiste el "bien"? En todo lo que contribuye al triunfo de la clase proletaria o la acerca a él. ¿Y el "mal"? En todo lo que contrarie a nuestra victoria de clase o nos aleje de ella." Es preciso leer íntegra la obra de Istrati para apreciar cómo en la Unión Soviética se ha practicado esta inhumana moral, que no es sino la negación de toda moral. En la predicación y práctica de este odio de clases se ha ido tan lejos que el doctrinario A. B. Zalkind, en su obra "La cuestión sexual", editada en Leningrado en 1926, llegó a escribir: "El atractivo sexual hacia un ser perteneciente a una clase enemiga es una perversión, ni más ni menos que el atractivo

sexual hacia el cocodrilo o el orangután." (Citado por Istrati, p. 212.)

Os diré, entre paréntesis, que el "odio de clases", en cuanto reacción frente a las desigualdades injustas, es anticientífico, si es que aceptamos, como estimo que debemos aceptar, que los fenómenos así individuales como sociales están regidos por un determinismo que excluye aquellos juicios tradicionales de "buena" y de "malo." No puede haber clase social moralmente "mala" ni "buena." Un mismo individuo, al cambiar de grupo o clase social, cambia también insensiblemente de sensibilidad y de conducta social. Y no es mejor ni peor que antes. El "odio de clases", pues, se inspira en la vieja doctrina del "libre albedrío" que hoy ya no puede ser aceptada por la ciencia. Es claro que el odio, como sentimiento espontáneo, es simplemente un hecho psicológico, a veces incoercible; pero yo me he referido al odio como "sistema." Y practicado como sistema, tal odio resulta contrario a ese determinismo que el mismo marxismo profesa.

Podemos decir que el gran principio de conducta para el comunismo es el de Maquiavelo: "el fin justifica los medios." Por esto no debe extrañarnos ver tantas veces practicado este principio por el Gobierno de Moscú en las relaciones internacionales y, en particular, en los virajes que ha experimentado su política exterior, según ya lo hemos visto.

Ahora bien, donde no hay moral universal, donde el adversario político no merece el más mínimo respeto, donde la violencia es un método normal de convivencia, no puede hablarse de "fraternidad." En este punto, la masonería y el comunismo están nuevamente en las antípodas, en unas antípodas insalvables e irreductibles. Porque para la masonería la fraternidad es un principio fundamental y sagrado, es tal vez la única "mística" que tolera la institución. Nosotros aspiramos a perfeccionar la humanidad, pero por medio de los procesos evolutivos de la educación y de la cultura, no por los métodos expeditivos y bárbaros de la destrucción en masa, de la simple eliminación, digamos quirúrgica, de aquellos elementos que no exhiben ese nivel de perfección ética a que aspiramos.

\* \* \*

Si en la esfera social o política nuestros grandes principios son los de libertad, igualdad y fraternidad, en el terreno filosófico nuestra doctrina se condensa en dos conceptos: *racionalismo y tolerancia*. Como somos racionalistas, no aceptamos dogmas ni místicas. Pero como sabemos que la mente humana es falible, somos tolerantes.

El comunismo no es racionalista, porque es una fe. El comunista es un creyente. ¿En qué cree el comunista. En que la implantación del comunismo integral ha de producir el paraíso en la tierra. Pues bien, eso puede constituir una opinión, todo lo fundada y respetable que se quiera, pero sólo una opinión, no una certidumbre, no una "ciencia", porque hasta ahora ningún economista del mundo, ni siquiera el sutilísimo, profundo y erudito Marx ha demostrado que, con toda certeza, el comunismo haya de librar a la humanidad de los males para cuya curación ha sido ideado. En otros términos, la superioridad de la organización socialista de las colectividades humanas sobre la organización individualista de las mismas, no ha sido todavía objeto de una demostración científica. Sin embargo, los comunistas creen a pie juntillas que el socialismo representa la fórmula definitiva de la organización económica y social de la colectividad humana. Y en esto, dicho sea entre paréntesis, también se exhibe el comunismo como anti-científico, toda vez que la evolución, una evolución "ab aeterno" e "in aeternum" parece ser la última palabra de la ciencia acerca de la realidad universal, desde las galaxias y sus nebulosas hasta nuestro planeta, nuestra especie humana y sus fenómenos y el mismo organismo humano y su psiquis. Afirmar, entonces, que el socialismo ha de ser la última etapa, o sea, la perfección, equivale a poner un coto, un término a la evolución. Pero, repito, el comunismo cree en su sistema tal como el judío cree en la Biblia, el musulmán en el Corán o el católico en la enseñanza del Papa.

Consecuentemente, en la Rusia soviética se ha practicado una policía intelectual para eliminar todos los gérmenes no comunistas, y así tener una literatura comunista, una pintura, una

escultura y una música comunistas, una historia, una filosofía y una pedagogía comunistas. Para los racionalistas, como somos los masones, ni las artes, ni las ciencias, ni la filosofía pueden tener color político ni religioso. Por eso ha escrito en alguna parte Unamuno que hablar de "sociología católica" es un absurdo tan grande como hablar de "química azul." Pero no lo entienden así en la URSS.

Según lo sintetiza N. de Basily, la actitud del régimen soviético frente al proceso de la creación estética y filosófica, no ha sido uniforme ni constante. Cuando irrumpió el bolcheviquismo, primaba en la literatura rusa la escuela futurista, de carácter demoledor y destructivo, que acababa de desplazar a la simbolista. En un principio, el gobierno comunista creyó ser interpretado por dicha escuela futurista, pero luego se desengañó y procuró crear un movimiento literario y científico que reflejara la ideología proletaria y marxista, para lo cual se apoyó en la asociación "Proletkult", a la que repudió en seguida, por apartarse de la ortodoxia. La NEP, que en el terreno económico-social, significó una especie de reacción o retorno limitado hacia el individualismo, en literatura representó un régimen de mayor libertad otorgada al escritor y al artista. Este no puede ser confinado al papel de mero "sismógrafo social", declaró cierto grupo de autores. Pero bajo el "plan quinquenal" (que se inició, como recordarán, en octubre de 1928), se volvió a lo que podríamos llamar la "literatura dirigida." Sus resultados quedan resumidos en el veredicto del Primer Congreso de Escritores, reunido en 1934, el cual declaró que el período del primer Plan Quinquenal había envilecido la calidad de las obras literarias, alterado el idioma y deteriorado el estilo, y que el 75% de las obras de ese período no tenían absolutamente ningún valor. Este testimonio procede de casa, de los propios escritores comunistas, reunidos en la misma URSS. Escuchemos ahora a los de afuera. Escribe André Gide: "En la URSS admiramos un extraordinario anhelo de instrucción, de cultura, pero esa instrucción no informa sino acerca de aquello que puede llevarlo a uno a felicitar del actual estado de cosas y a pensar: ¡oh, URSS!

¡Ave, spes unica! Esa cultura está íntegramente dirigida en idéntico sentido; no tiene nada de desinteresado; acumula, y el espíritu crítico, a despecho del marxismo, se halla casi totalmente ausente de ella." "La crítica sólo consiste en preguntarse si esto o aquello está en la línea o no lo está. No es la línea lo que se discute. Lo que motiva la discusión es saber si tal obra, tal gesto o tal teoría están conformes con esa línea sagrada. ¡Y mal haya quien intente llegar más lejos!" ("Retorno", p. 44-5.) "Por muy bella que pueda ser una obra, será infamada en la URSS a menos que se mantenga en la línea. Se considera la belleza como un valor burgués. Por genial que pueda ser un artista, no se le presta atención y nadie le hace caso, si no trabaja en la línea; lo que se le pide al artista, al escritor, es que esté conforme, y todo lo demás le será dado por añadidura." (ibid., p. 71-2.) "Por eso Dostoiewski, por ejemplo, casi no encuentra ya lectores, sin que pueda decirse exactamente si la juventud se aparta de él, o si la han apartado de él; de tal modo están conformados los cerebros." (p. 73.) Esta misma nivelación espiritual ha repercutido en la habitación, en los hogares. "Visité", escribe todavía Gide, "varias de las habitaciones de ese tan próspero kolkose... (en muchos otros, ya no se trata de alcobas particulares, pues la gente reposa en dormitorios comunes, en "cuadras".) Querría expresar la extraña y desoladora impresión que se desprende de cada uno de esos "interiores": la de una completa "despersonalización." En cada uno de ellos vemos los mismos muebles, pésimos, el mismo retrato de Stalin y nada más; ni el menor objeto, ni el menor recuerdo personal. Todas las viviendas son intercambiables, al punto que los kolkosianos, también ellos mismos intercambiables, se trasladarían de una a otra sin percatarse de ello." (p. 40-1.)

Hasta aquí las observaciones de M. André Gide. Retrocedamos un poco en el tiempo, para escuchar las de Istrati. Escribe: "Es imposible abordar honradamente la historia de la revolución. Ioffé, en la última carta que escribió antes de saltarse la tapa de los sesos, decía que había renunciado a es-

cribir sus memorias por no deformar la historia al gusto del Comité Central actual. Se publican manuales de historia del Ejército Rojo, en los que no se menciona el nombre de Trotski más que una sola vez en 200 páginas. ¿No es esencialmente internacional el socialismo? ¿Se concibe su realización en un solo país, su realización nacional? Prohibición absoluta de tratar este problema puramente teórico, científico, zanjado ya por las decisiones de los Congresos. ¿Qué ha sido de la revolución china? Nadie mejor que los rusos lo saben en Europa, pero el libro de Radek sobre la historia y la formación social de la China, fruto de varios años de trabajo, no ha sido publicado. Sólo se han publicado sobre la revolución china obras con las tesis oficiales... La esterilidad intelectual que de todo esto resulta, es tan espantosa como la abundancia de papel impreso desprovista de todo valor espiritual... Desde hace varios años no se ha presentado en la URSS, entre los montones de publicaciones marxistas, de un nivel intelectual generalmente por debajo de toda crítica seria, una sola obra comunista notable, interesante, original, firmada por un nombre nuevo, ni siquiera por un hombre conocido." ("Rusia al Desnudo", p. 2146.)

Después de los testimonios anteriores, de espíritus de extrema izquierda, que han estado en la URSS y mirado las cosas con sus ojos, no nos extrañará este otro juicio de un erudito, que, aunque adversario, es un estudioso y objetivo analista de la realidad soviética. Escribe N. de Basily, en su minucioso estudio sobre la Unión Soviética: "Desde hace veinte años que dura el régimen, la URSS no ha dado ni un solo filósofo, ni un sociólogo, ni un jurista, ni un economista, ni un publicista, ni un crítico dignos del nombre. En este espacio de tiempo no ha podido surgir en la URSS ningún gran erudito de la historia, las letras o del arte que concilie la ciencia del análisis preciso del detalle, con la de una amplia y armoniosa síntesis. Es que las investigaciones de síntesis se hallan siempre rigurosamente prohibidas; han sido dadas de una vez por todas en los trabajos infalibles para siempre de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Las mismas obras literarias y artísticas han sido in-



placablemente mutiladas por el poder bolchevique desde los primeros días de su advenimiento."

Como un exponente de la inquisición intelectual, del dogmatismo ignaro, de eso que he llamado el "pensamiento dirigido" reinante en la URSS, os ofreceré el caso, que podréis comprobar por vosotros mismos, si es que ya no lo habéis comprobado, de un libro de filosofía de autor soviético, cuya traducción se ha publicado recientemente aquí en Chile. Se trata del "Diccionario de Filosofía", de que son autores los escritores soviéticos M. Rosental y P. Yudin, y cuya primera edición rusa se publicó en 1939. La traducción castellana impresa en Chile el año pasado (Ed. Nueva América, Talleres Gráficos Moneda 712), ha sido hecha sobre la segunda edición rusa, corregida y aumentada. En tal obra, según su nombre lo deja ver, los tópicos filosóficos y los autores tratados se hallan ordenados por orden alfabético. Naturalmente, el número de páginas concedido a cada autor o materia, denuncia el criterio de la obra, pues establece una jerarquía de valores. Pues bien, ¿sabéis cuál es el filósofo al que se consagra una mayor extensión en este libro? El generalísimo Stalin, tratado en ocho páginas. Y para que tengáis al instante el punto de comparación, os diré que Aristóteles ocupa sólo página y media. A Stalin le sigue Lenin, con siete páginas, y a éste, Engels y Marx, con cinco cada uno. Ahora bien, ¿son "filósofos" Lenin y Stalin? Como podría serlo cualquiera de nosotros, o como cualquiera de nosotros podrá ser químico, matemático o geógrafo, ya que de todo esto aprendimos en el Liceo. No, colocar a Stalin y a Lenin como filósofos es simplemente la expresión de un fanatismo que pervierte el sentido de los conceptos y confunde las rosas con las callampas y las estrellas con las velas de estearina. Prosigo. Después de haber otorgado ocho páginas al "filósofo" Stalin, se conceden dos a Descartes, a Kant y a Rousseau; una y media a Aristóteles y a Locke, una a Spinoza y tan sólo media a Platón y a Augusto Comte. ¡Tratar en media página a Platón, que es, con Aristóteles, el más grande filósofo de toda la antigüedad, y a Augusto Comte, el más grande tal vez del siglo XIX, en la misma obra en que

se otorgan ocho páginas a Stalin! Aquí tenéis un exponente claro, patente, del criterio "científico" imperante en la URSS. Pero hay más, ese Diccionario, en sus 560 páginas, no consagra espacio alguno a Pitágoras, a Zenón de Elea, a Pirrón ni a Roger Bacon; y entre los modernos, ninguna a Stuart-Mill, a Nietzsche, a Bergson ni a Freud. En el siglo actual, no hay ningún pensador que pueda ser colocado por encima de Henry Bergson; pues bien, no se le dedica estudio alguno; tan sólo se le menciona en el artículo "intuicionismo" en la siguiente forma: "Es el representante más destacado del intuicionismo en la filosofía burguesa contemporánea." ¿Filosofía burguesa? ¿No la conocía! ¿Conocéis vosotros una álgebra burguesa, una astronomía burguesa, una anatomía burguesa? El comunista todo lo ve al través de su propia fe y a todo le da el color de su propia fe; para el católico, que también es otro fanático, también hay filosofía "católica", como para el comunista la hay "burguesa." Para el hombre obediente al método científico, para el verdadero "racionalista" sólo existe la filosofía a secas, como la literatura a secas, y la música a secas.

\* \* \*

¿Cuál es la actitud comunista frente a la religión? Comunismo y religión son en el fondo rivales irreconciliables, como que esta última coloca el paraíso en una vida de ultratumba, y aquél coloca el paraíso en esta tierra, para cuando impere en todo el mundo el régimen de producción, de circulación y distribución preconizado por la doctrina marxista. Por esto el comunismo combate a la religión como el "opio del pueblo." Y su oposición a ella ha sido, como la de todo fanatismo, violenta, brutal, sanguinaria. Hay estadísticas de los miles de templos, santuarios y conventos saqueados o quemados y de los sacerdotes y monjes asesinados en la URSS. El decreto del 15 de mayo de 1932, creó el "plan quinquenal del ateísmo", en el que se estipuló que "el 1º de mayo de 1937 ya no deberá quedar ninguna casa de culto en el territorio de la Unión Soviética y la misma noción de Dios debería haber sido barr-

da de su suelo." Sin embargo, la superstición tradicional, el misticismo innato del pueblo ruso pudo más, y de hecho, la religión ortodoxa se ha sometido, se ha adaptado a todas las exigencias del régimen, y éste ha concluido por servirse de ella, por utilizarla. En la actualidad funcionan en la URSS unas 22 mil iglesias, y así en Leningrado como en Moscú, existen varios establecimientos de preparación eclesiástica (seminarios.) El clero tiene derecho a voto en las elecciones; el Gobierno proporciona material de construcción a bajos precios para la edificación de templos en las áreas rurales. Por esto ha podido decir uno de los más altos dignatarios de la Iglesia ortodoxa en la URSS, Nicolai Kolchitsky, que el resurgimiento de la iglesia "cuenta con todas las simpatías y la cooperación del Gobierno." Por lo demás, en la obra de infiltración soviética en que está empeñado Moscú en la zona eslava de la Europa suroriental, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, ha utilizado al clero ortodoxo como vehículo de penetración.

La masonería, en cambio, jamás ha perseguido a la religión, porque es tolerante, porque no la estima un peligro, porque la mira con la frialdad con que la miran el sociólogo o el historiador. La masonería ha combatido al clericalismo, que es la invasión de la religión en el campo de la política. En cuanto a Dios, la masonería rinde culto al "Grande Arquitecto del Universo", dejando, eso sí, libertad de considerarlo como un elevado símbolo y nada más. Pero a la masonería no se le ocurriría la ridiculez de declararse "atea", porque, en estricta filosofía, y en estricta ciencia, cabe declararse agnóstico, escéptico, pero no "ateo." El ateísmo es otra "fe" y la actitud de la masonería es esencialmente racionalista, científica. El comunismo, en cambio, ha fundido su propia fe social con la fe atea. Y esto no le impide, con gran sentido político, pero con cinismo ético, utilizar y ayudar a la religión como un instrumento. Jamás lo haría la masonería, que es una institución realmente idealista.

Como toda fe tiene su culto y sus "santos", "ídolos" o "fetiches", el comunismo también tiene los suyos, y ellos son Marx, Engels, Lenin y Stalin, particularmente este último. Ya

hemos visto cómo los han exaltado a la categoría de los más grandes filósofos. Por la premura del tiempo sólo os recordaré algunos aspectos del verdadero culto idolátrico a Stalin que se practica en la URSS. En el VII Congreso de los Soviets, el escritor ruso Adveienko, pronunció un discurso que reprodujo el diario "Pravda" del 1º de febrero de 1935, del que copio las siguientes frases: "Siglos pasarán y las futuras generaciones comunistas nos seguirán mirando como a los más dichosos de los mortales que hayan vivido por los siglos de los siglos, porque hemos visto a Stalin. Cada vez que he tenido la oportunidad de hallarme en su presencia, me he sentido subyugado por su fuerza, por su encanto, su grandeza. He experimentado la necesidad de cantar, de dar gritos de alegría y felicidad... Podré vivir cien años, mis cabellos encanecerán, pero yo seré eternamente feliz, gracias a tí, gran educador, Stalin. Nuestro amor, nuestra devoción, nuestra fuerza, nuestro corazón, nuestro heroísmo, nuestra vida, todo es tuyo. Te los damos; tómalos, gran Stalin. Todo te pertenece, jefe de la gran patria. En todos los tiempos, en todos los pueblos, los hombres darán tu nombre a todo lo bello, a todo lo fuerte, lo sabio... Y cuando la mujer que amo me habrá dado un hijo, la primera palabra que sabrá balbucir será: Stalin."

Escribe Gide en su "Retorno...": "Un gran cuadro simbólico nos había llamado la atención en la oficina de esta fábrica: en el centro se veía a Stalin dispuesto a hablar; a derecha e izquierda de él estaban distribuidos los miembros del Gobierno que lo aplaudían. La efigie de Stalin se encuentra en todas partes; su nombre está en todos los labios, sus alabanzas se escuchan invariablemente en todos los discursos. Sobre todo en Georgia, no pude entrar en ninguna pieza habitada, así fuera la más humilde, sin ver un retrato de Stalin colgado de la pared, seguramente en el sitio donde otrora se encontraba el ícono. Adoración, amor o temor, lo igualo. El siempre está presente en todas partes." Panait Istrati, por su parte, al paso que atestigua la misma cosa, cuenta también que en algunas ciudades es obligatoria la "compra" de los retratos de los jefes. (p. 277.)

Pero nada más elocuente como expresión del culto rendido en la URSS a Stalin, que el hecho de que, del volumen con sus discursos, se hizo una edición de ciento quince millones de ejemplares. Basily, en su macizo comentario sobre el régimen soviético, llena más de una docena de páginas tan sólo con datos y anécdotas sobre el culto idolátrico tributado a Stalin en la URSS. Sin embargo, el dictador protege su vida con una serie de precauciones que envidiaría cualquier tirano. Según nos lo recordaba hace pocos días un artículo del "N. s of the World" de Londres (transmitido por la Reuter, el 9.VI), Stalin casi nunca deja su fortaleza del Kremlin, salvo para viajar a una de sus fincas campestres fortificadas, en un automóvil blindado, cuyas ventanas tienen un espesor de cuatro centímetros, y siempre acompañado por una numerosa escolta de policías que viajan en otros autos, en un orden que nunca es el mismo. Durante el transcurso de la guerra, nunca inspeccionó al ejército, sino desde la prudente distancia proporcionada por la tumba de Lenin, en la Plaza Roja. En las únicas tres ocasiones durante los últimos 15 años en que Stalin caminó un corto trecho por las calles de Moscú, —como para los funerales de su esposa—, ordenó la ocupación por la policía de todas las casas situadas a lo largo de su ruta y el cierre hermético de todas las ventanas. En los tres viajes por ferrocarril que ha realizado en los últimos diez años, fueron registradas todas las casas cercanas a la vía férrea y muchas de ellas evacuadas.

\* \* \*

En más de una oportunidad, en el transcurso del presente trabajo, el comunismo soviético ha sido asimilado al nazismo hitlerista. Es que cualquier análisis comparativo de ambos sistemas no puede menos que constatar sus sorprendentes analogías: ambos establecen la férrea dictadura de un grupo y aún de un hombre; ambos convierten al Estado en el solo amo, en el solo árbitro de la vida individual y colectiva en todas sus manifestaciones; ambos erigen un poderío militar formida-

ble, y ambos son imperialistas; ambos estrangulan la libertad, individual y desconocen los derechos de la conciencia y de la vida moral, utilizando policías secretas famosas, la GPU y la Gestapo; ambos profesan que "el fin justifica los medios" y carecen de moral internacional; ambos son implacables y crueles con sus adversarios, internos y externos, a los que eliminan sin más preocupación que la conveniencia propia; ambos utilizan una propaganda y un sistema de consignas y de símbolos para moldear y plasmar la mentalidad de las masas; ambos crean "místicas" para embaucar a sus adherentes, místicas que en un caso son la pureza racial, el espacio vital, el pangermanismo, etc., y en el otro, la sociedad sin clases, la revolución universal, etc. Tal analogía de comunismo y nazismo ha sido reconocida por sociólogos de la talla de Guiglielmo Ferrero, Ludwig Von Mises, Walter Lippmann, para no citar más que a hombres de estudio y gabinete, y no a políticos y a militantes, que podrían ser sospechados de parciales. Es que nazismo y comunismo tienen una raíz común: son sistemas de inspiración y proveniencia asiática, cuyos modelos están en los viejos imperios orientales de egipcios, persas, asirios, mongoles, etc. La esencia del imperio oriental se condensa en esta fórmula: El individuo existe para el Estado, y no el Estado para el individuo. O sea, el conglomerado social, personificado por el Estado, que es el príncipe, es lo único que vale o importa, y a sus intereses, indolencia y ambiciones se sacrifican sin escrúpulos los individuos, los que carecen de una personalidad digna de respeto, de esa personalidad que anticipó Israel, que desarrolló Atenas y que constituye la gloria del "civis romanus."

Esta analogía profunda que existe entre nazismo y comunismo hace que no nos sorprenda en absoluto la reciente información de que en la zona soviética de la Alemania ocupada, los ex nazis son ahora los comunistas alemanes más entusiastas.

Como síntesis del presente estudio, se podría establecer un paralelo entre masonería y comunismo, resumido en el siguiente esquema:

M A S O N E R I A

C O M U N I S M O

Defiende la libertad y la democracia.

Impone la dictadura y estrangula la conciencia y las libertades, con una policía inquisitorial.

Tolerante.

Intolerante.

Racionalista.

Creyente; místico.

Espiritualista; ofrece culto a Dios o lo respeta.

Materialista y ateo.

Respeto la religión y combate al clericalismo.

Ataca la religión y utiliza el clericalismo, según sus conveniencias.

Practica y enseña la fraternidad.

Id. Id. el odio de clases.

Tiene la más elevada moral.

Su principio ético máximo es no tener ninguno; o sea, que "el fin justifica los medios."

El anterior bosquejo podría dar una impresión de animosidad preconcebida contra el comunismo soviético. Es que yo no he intentado un estudio global del comunismo, sino tan sólo su paralelo con la masonería, paralelo que debía destacar las incompatibilidades de ambos sistemas. Por esto me he abstenido de analizar y de elogiar todo lo que el comunismo soviético ha tenido y tiene de positivo y aún de admirable, comenzando por el ideal de justicia social que le dió vida y lo mantiene y difunde. Personalmente, yo no puedo abrigar odio contra los rusos, entre otras cosas, porque soy determinista, y, por lo tanto, no admito que el mundo esté repartido entre "buenos" y "malos" y ni aún admito los conceptos de "bueno" y "malo" de la ética cristiana, sencillamente porque no creo en el libre albedrío. Por eso, frente a un fenómeno de psicología individual o colectiva, procuro explicármelo, en vez de atribuirlo en forma simplista a la "bondad" o "maldad" de sus protagonistas. ¿Por qué el régimen soviético exhibe esas características que lo hacen incompatible con la masonería? Esta sola cuestión daría tema por sí sola para una conferencia y aún para un libro; sin embargo, no quiero terminar mi trabajo sin decir siquiera dos palabras al respecto.

A mi juicio, las explicaciones son fundamentalmente tres (y prescindo del factor puramente étnico, o sea, de las características psíquicas de la raza eslava y del pueblo ruso, con su misticismo, su fatalismo, etc.): una de índole histórico-política, y dos de índole histórico-geográfica. La primera está en el mismo régimen socialista, que tiende a la elefansiásis y, por lo tanto, a la tiranía del Estado, peligro en que cayó de lleno la URSS, porque nació combatiendo: contra las clases sociales adversarias, de puertas adentro, y de puertas afuera, contra los países adversarios (Gran Bretaña, Francia, Checoslovaquia, Polonia, etc.), que la atacaron al nacer, para crear lo que llamaron "el cordón sanitario" en los contornos del mundo bolchevique.

Primera de las razones histórico-geográficas: el año 1224, menos de un siglo después de la fundación del principado de Moscú, cuando éste iniciaba penosamente la tarea de conso-



lidarse y de unificar los diversos Estados rusos, que se debían contra las incursiones del este y del oeste, (no olvidemos que el siglo XI señaló la germanización de una enorme zona eslava por los Caballeros de la Orden Teutónica), el año 1224, repito, se abatió de repente sobre la parte meridional y central de la Rusia una de las invasiones más asoladoras y terribles que conoce la historia: la de los mongoles que acudían del Asia, capitaneados por un hijo de Gengis-Kan y que se mantuvieron por más de dos siglos en el país (hasta 1481), en que terminó de expulsarlos Iván III), obligando a los rusos a militarizarse para luchar contra sus dominadores y a la vez ofreciéndoles el modelo del férreo despotismo asiático practicada en el Estado Tártaro establecido en la Rusia meridional y que se llamó la "Horda de Oro." Aquí tenéis gran parte de la explicación de las características asiáticas y despóticas que le fueron infundidas en sus albores al pueblo y al Estado rusos.

Segunda explicación histórico-geográfica: la Edad Media representa en la historia de la navegación comercial, la época llamada de los "mares interiores", que en Europa fueron el Mediterráneo, el Mar del Norte y el Báltico. En torno de estos dos últimos floreció aquella celeberrima liga comercial internacional denominada la "Hansa" o "Liga Hanseática", bajo cuya égida se desarrollaron los puertos de la Europa septentrional y se difundió hasta ellos la cultura de las civilizaciones más viejas, del sur. Fué así cómo, en el vértice del Golfo de Finlandia, se formó y desarrolló la República de Novgorod, una de las primeras democracias de la Europa moderna. Su capital, "Novgorod la Grande", fué la número uno de las ciudades hanseáticas y llegó a tener una población de 400 mil habitantes. Pues bien, vino el descubrimiento de América, vino la ruta hacia las Indias orientales por el cabo de Buena Esperanza, y se modificaron los grandes cauces de la navegación y del comercio del mundo. El Báltico decayó para siempre, y la desaparición de esa corriente comercial y la dominación germana en el sur aislaron por siglos a Rusia del resto de Europa. Sumad a esto la influencia mongolizante y también aisladora de la Horda de Oro, y os habréis explicado casi to-

talmente las características asiáticas que tuvo el Imperio de los Zares y que de éste heredó la Unión Soviética.

La vida no se detiene y la historia tampoco se detiene. El régimen soviético seguirá evolucionando y nuestros regímenes occidentales seguirán evolucionando también; y un día habrá de llegar en que, así como ahora impera en uno y otros la misma técnica, impere también en uno y otros un sistema ético y un régimen económico-social y jurídico semejante. Porque la tendencia universal hacia la unidad es ineluctable. Pero, entre tanto, todavía somos distintos, y en estos momentos la URSS representa para el mundo propiamente europeo y americano un verdadero peligro: peligro para sus libertades, peligro para su concepción espiritualista de la vida, que para nosotros ha sido la preciosa herencia del cristianismo y del helenismo, felizmente fundidos.

F I N